

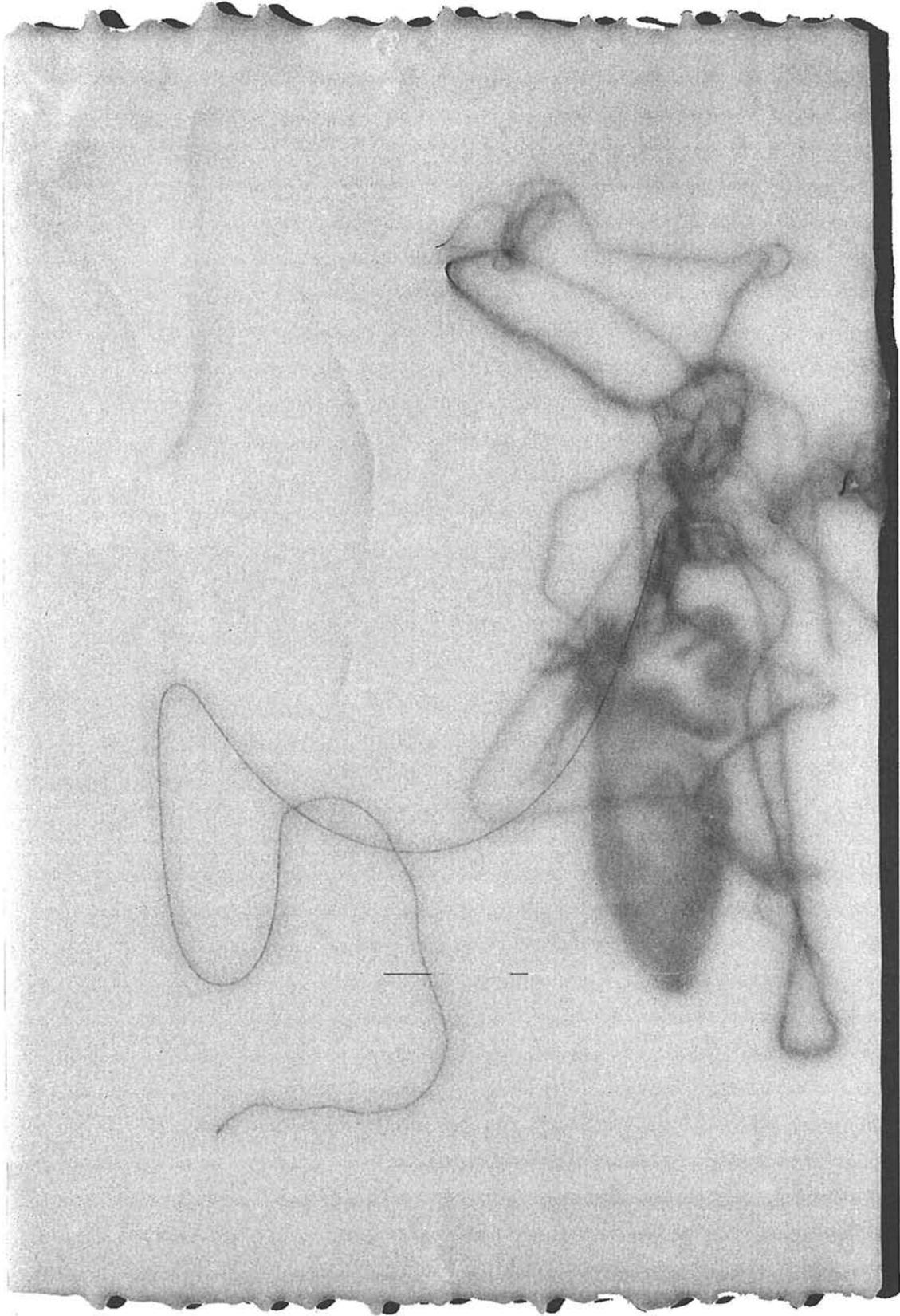
relato que llegó a tener 600 páginas cuando finalmente me incorporé, vine hasta este bar, me acomodé entre sus sillas incómodas de paja sintética y máquinas de juegos electrónicos, intentando sentir algo. Nada.

Saint-Germain-des-Prés, como buena parte de los distritos cinco y seis de París, se ha convertido en barrio de lujo. Chanel, Cartier y Emporio Armani luchan con Gallimard y las viejas librerías por las hermosas fachadas de piedra calcárea de París –del color de la arena cuando están pulidas–.

Sobre la acera de la iglesia de Saint-Germain contemplo los cafetines míticos, *Les Deux Magots* y *Le Flore*, que viven, como nosotros, de la leyenda, a su lado la bellísima librería *La Hune* y al frente la cervecería *Lipp*. Todo bulle de actividad y hay que ser un turista para ir a cualquiera de esos sitios, con excepción de las librerías. Pero también supongo que muchos ingresarán en *La Hune* como quien entra en una antigua catedral venerable. Son los tiempos que corren: la frivolidad precede a la esencia. Compro, luego existo. Adquirir o morir. Visa o no visa. El consumismo es un humanismo.

Pero aunque sea falso, como en el proverbio italiano, París es inolvidable y en su falsedad es verdadera. París sigue siendo, probablemente, el desfile de modas en piedra más hermoso del mundo. La maqueta de un sueño de Dios a la escala de los bulevares.

Ya no queda nada del *parisianismo* universal de principios de siglo. ¿Quedan escritores latinoamericanos en esta ciudad de ensueños rotos? Ya sólo quedan el fin de siglo y el cielo azul de París en el verano transparente. Cae entonces la noche y yo recuerdo.



*Spellbound* (1992). Acuarela, hilos y seda